

Los Ases del Deporte

(El notable trabajo que a continuación publicamos, debido a la pluma del brillante escritor Luis Miegimolle, honra la plana central de nuestra revista, consagrada a «Los Ases del Deporte».)

Concurren en Miegimolle, dos circunstancias de verdadera consideración que hacen del autor de «Raul el incombustible» una figura plena de interés; su personalidad en el mundo literario y deportivo.

Miegimolle, fué campeón de España en levantamiento de pesos, y su triunfo en el campeonato mundial, al que dejó de presentarse, estaba descontado.

El no aparecer su retrato en ésta plana, obedece a que el atleta es además un hombre exageradamente modesto. Confiamos en que el escritor será más asequible. ¡Ventajas de la doble personalidad! N. de la R).

RAÚL EL INCOMBUSTIBLE

Una de las excelencias de la práctica de los deportes, es la prolongación de la niñez, es decir, un cierto infantilismo moral y una preocupación (aun debiéramos llamarla obsesión), por esas cosas sencillas, agradables y vanales que influyen decididamente en la juventud y aun en la pujanza más tarde, de las facultades psíquicas volitivas y mentales.

El secreto de lo que se ha llamado superioridad anglo-sajona, está en la educación física base de una juventud espléndida y un sereno atardecer.

El deporte metodizado y, sobre todo los juegos de conjunto, crean o fortifican las facultades orgánicas recluidas, dormidas o en embrión y que tan necesarias nos son para desplegarlas en otro orden más serio de nuestra vida moral, social y económica. En el foot-ball por ejemplo, se practica la disciplina; no una disciplina ciega y autoritaria sino una disciplina de comprensión, fundada ya en la conveniencia del conjunto, ya en la división del trabajo a que por su sector está obligado, ya en el auxilio al compañero en un momento difícil o decisivo, ya por último, en cualquier eventualidad que le indica que la cooperación no se logra sino obedeciendo; pero obedeciendo a su propio razonamiento impuesto por las realidades del juego.

El valor es uno de los elementos que mejor se aquilatan; pero no un valor personal falso como la *chulería alevosa*, sino un valor de desprendimiento, abandonándose al «hombre» cuando fuera imprescindible el sacrificio como homenaje al triunfo y, sufriendo el castigo con honradez deportiva, sometándose a las decisiones del «referee» por las incorrecciones en que hubiere incurrido.

En el orden moral es quizá donde más progresos hace el deporte. La época en que se practica es la más peligrosa, es la edad de formación, de exaltación sexual cuyo desnivel llena de tuberculosos nuestras ciudades; de avariósicos, las clínicas; y de degenerados, en fin, las cárceles y presidios.

El deporte bien entendido y mejor practicado es el profiláctico tipo, contra las pasiones.

Las primeras luchas greco-romanas que Madrid presencié, fueron las celebradas en el teatro de la Zarzuela hacia el año 1906 y que terminaron

en el Central Kursaal treinta y dos días después de comenzadas.

Los aficionados aventajados, conocíamos solo de memoria la práctica de este deporte que tanto había de interesar al público madrileño y como se anunció la llegada de Paul Pons, campeón del Mundo siete años consecutivos y poseedor del cinturón de oro, la Sociedad Gimnástica Española se convirtió en un herradero... Se hablaba de las proporciones del coloso (dos metros quince de altura) se comentaron sus triunfos, su vida familiar y privada cuyos datos conocíamos y se puso sobre el tapete la cuestión del campeonato greco-romano. Se barajaron dos nombres; el del archicampeón (ya en decadencia) y el del león de Francia Raul Le Baccher pujante de acometividad que habían de luchar en el «ring» de la Zarzuela.

El campeonato fué organizado por el periódico francés L'Auto de París y como, por aquel entonces y a raíz de un campeonato mundial que obtuve, mi nombre pesaba en el mundo del Deporte, se acordaron de mí para que formase parte del Jurado en el que, entre otros, quiero recordar a dos periodistas: El Caballero Audaz y el Sr. Ruiz Ferri en representación del «Heraldo de Madrid».

Raul

¡Oh...! Raul (jojo, no es exclamación bíblica!) el atleta romántico de melenas de león. Con sus 23 años mal contados, sus dos metros diecisiete centímetros de estatura, su metro ochenta y uno de circunferencia torácica, sus cincuenta y dos centímetros de bíceps... ¡A que seguir con detalles que solo los técnicos somos capaces de comprender...! ¿Queréis un dato capaz de atestiguar la potencialidad de aquellas manos terribles que apresaban como tenazas? Pues os diré que las formidables yemas de sus dedos pulgares, al oprimir contra una mesa una moneda de cinco pesetas la ocultaban...

Era inteligente, muy inteligente, contra la opinión del vulgo que considera que la fortaleza física es incompatible con la mentalidad; y su hablar ampuloso, recordaba la esplendidez ubérrima de la Francia del Mediodía en uno de cuyos pueblos el atleta nació. Su aspecto de bondad francesa, su cabellera larga y ensortijada y aquellos ojos sin turbulencias pasionales, ojos de re-